

## CAPITULO IV

### SAN FRANCISCO EN ESPAÑA

Vacilación.—Consulta.—El arma de la palabra.—Elocuencia nueva. — Los predicadores franciscanos.—San Francisco desea el martirio.—Combates interiores.—Viaje frustrado a Siria.—Enfermedad. — Cartas.—Venida a España en 1212.—Itinerario de San Francisco en tierra española. — Fundaciones.—Leyendas.

.....  
Cubierta de flores dicen que está  
la vega de Vich, desde que San  
Francisco predicó en ella el  
amor.  
.....

(Jacinto Verdaguer.)

Los primeros tiempos del retiro en la Porciúncula fueron para Francisco de incertidumbre: su voluntad, las aspiraciones de su alma, le incitaban a lanzarse al siglo para reformarlo, al paso que tendencias ascéticas le inclinaban a la vida contemplativa. En el primer paso de la más rápida y gloriosa carrera que recorrió hombre alguno; en vísperas de señorear, con el poder del corazón, el mundo entero, Francisco se sentía llamado hacia el eterno silencio, hacia el sosegado y melancólico río del olvido, que corre preso entre los estrechos muros del claustro. Dudó de su

vocación. Creyóse falto de esfuerzo para la batalla que había de reñir quien quisiese poner a Jesucristo a la cabeza de la sociedad. Hijo de oscuro negociante, ni sabio, ni hermoso, ni fuerte, comenzando ya a sentir su delicado organismo minado por las austeridades, tembló ante el cargo que la Providencia le encomendaba. Sin embargo, sus huestes crecían, y se veía acudir diariamente a la Porciúncula, además de los compañeros que conocemos ya, numerosos adeptos de todas las clases sociales (1): Jacobo y Simón de Asís; Teobaldo, Simón de Colosano, Agustín, que había de expirar el mismo día y a la misma hora que Francisco; Iluminado, Esteban, Leonardo, Juan de Lodi... cuyas vidas son otras tantas leyendas áureas de santidad. Francisco pensó en la vida activa y fecundísima del Hijo del Hombre, en su predicación popular, en sus dolores públicamente sufridos para ejemplo y redención del género humano: y comprendiendo que la actividad prometía más que la contemplación, con todo eso, dicen las *Floreccillas*, pidió consejo a fray Silvestre y a la hermana Clara: y ambos, después de hacer oración, unánimes dijeron a Francisco que "Dios no le había llamado solamente para sí, sino a fin de que muchos se salvaran por él."—"Vamos, pues, en nombre de Dios" (2), — exclamó Francisco al oír la respuesta.—Desde aquel día conoció sus caminos y anduvo por ellos con pie seguro.

Para apoderarse de los ánimos, para remover a la sociedad desde sus esferas más altas a las más humildes, para combatir los vicios, herencia de la cultura pagana, y las crueldades y violencias transmitidas por la barbarie, no contaba Francisco sino con un arma: la palabra. Verdad que esta arma, aguda, alada y ardiente, fué la que congregó en torno de Demóstenes al pueblo ateniense, y al romano bajo la tribuna de Cicerón. Pero los tiempos habían cambiado; la elocuencia languidecía encerrada en caducos

moldes, reducida a ejercicio del aula, artificiosa labor retórica. En Italia, donde jamás se había extinguido la tradición profana, donde contrastando con el latín de la Iglesia, descarnado y austero, se escribían aún atildados exámetros al modo horaciano, se conservaban asimismo los moldes clásicos de arengas, apologías y discursos, y los predicadores dividían sus sermones y les daban forma, sujetándose al tipo reglamentario, ornándolos con galas marchitas, que acaso habría estrenado en el foro algún orador de la decadencia romana. Entre tanto, mientras en el púlpito, en la poesía, en los libros, duraba tenazmente—más o menos corrompida—el habla de Virgilio, nacían los dialectos, como protesta contra la supervivencia de la literatura pagana. Pertenece a los hombres extraordinarios adivinar lo que late en su época y desentrañarlo y sacarlo a luz. Francisco de Asís fué quien, adoptando para la predicación el habla vulgar y las formas populares, determinó en la elocuencia la misma evolución que más tarde impuso a la poesía y a la pintura. Abrió nuevas vías a la oratoria, y la lengua toscana comenzó a florecer en sus sermones, como después en sus versos.

Creó el santo de Asís una escuela de elocuencia romántica e innovadora, que sacudía el yugo de las reglas hasta entonces acatadas, que empleaba medios y hasta palabras desusadas en el púlpito, y tenía método y caracteres propios. La predicación franciscana, al adoptar el idioma del vulgo, tomó también las bellezas que, como flores silvestres nacidas en inculto páramo, esmaltan el lenguaje popular: las comparaciones gráficas, las expresiones enérgicas, las imágenes atrevidas, los giros poéticos y felices, la frescura y vivacidad de la frase, el calor del sentimiento, la animación, fuerza y rapidez del estilo. Unido todo ello a extremada sencillez, a la supresión de los alardes eruditos, a las parábolas y ejemplos, cuyo senti-

do fácilmente alcanza la multitud, nació una oratoria peculiar, adecuada para conmover y persuadir. Cier- to que a veces las formas de esta nueva elocuencia son rudas o pueriles; el período carece de aquella so- noridad de la palabra armoniosamente enlazada a la palabra; pero compensan sus imperfecciones rasgos de inspiración lozana y espontánea, que oradores más cultos nunca tendrían. Elocuencia indocta, plebeya en el fondo, pero sincera y eficaz (3).

Y como la fuerza del sentimiento es quizás supe- rior a la del arte, la elocuencia franciscana, que no pule los conceptos devotos, fué bastante para se- ducir y atraer irresistiblemente a hombres como el primer trovador de la época, llamado *el rey de los versos*, poeta cuyas sienas había ceñido de laurel Fe- derico II. Este tal, familiarizado con los artificios de la musa profana y erótica, acertó a escuchar un día la predicación de Francisco, y tal mutación se produ- jo en su alma, que de las cortes de amor pasó al claustro, donde perdiendo hasta su nombre, célebre ya, no se le conoció nunca sino por *fray Pacífico*. Cuando Francisco hablaba, parecióle al poeta ver que dos espadas le atravesaban el cuerpo: la primera, de los pies a la cabeza; la segunda, formando cruz, a lo largo de los brazos. No fué Pacífico ejemplo aislado del poder de la palabra arrebatadora de Francisco, ni sólo muchedumbres ignorantes rodearon los púlpi- tos de los franciscanos. Tomás de Celano, primer bió- grafo de Francisco, da noticia de que gran número de hombres letrados acudieron como por mutuo acuer- do a solicitar la túnica y el cordón de penitencia.

Mas el objeto y fin de la predicación franciscana era principalmente influir en las masas populares. Así lo prescribe el capítulo IX de la regla, amones- tando a los frailes a que "en la predicación que hacen sean examinadas y castas sus palabras, a provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y vir-

tudes, pena y gloria, con brevedad de sermón, por- que palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra; *quia verbum abbreviatum fecit Dominus super te- rram.*" Unese el precepto moral al literario: que la predicación sea concisa y útil. El pueblo, hallando por fin alimento para su alma, no se hartaba de él. Innumerable concurso cercaba al fraile que, bajo los árboles de un soto, a la sombra de un paredón, subido sobre una piedra, hacía su plática. En Glatz se vene- raba el tilo cuyas ramas cobijaron a fray Bertoldo de Ratisbona durante sus sermones, y tal golpe de gente se congregaba para oírlos, que fué indispensa- ble a fray Bertoldo construir una torre de palo, en la cual se encaramaba y predicaba, poniendo en la cima un gallardete, que en su dirección indicase á la multitud el lado a que debía colocarse, según el aire que soplabá, para oír mejor. Y añade el cronista Sa- limbene: "Así llegaba su voz a los lejanos como a los próximos; y a nadie se vió marcharse hasta que el sermón daba fin" (4). En la corte de Provenza, no- bles y plebeyos, laicos y clérigos, cubrían de besos las manos y los pies de Hugo de Dina cuando acababa de predicar (5); Albertino de Verona lograba que los boloñeses no hiciesen expirar al rey Encio entre las torturas del hambre (6); Reinaldo de Arezzo era aclamado obispo por los canónigos, prendados de la dul- ce facundia de su hablar. No ignoramos el entusias- mo que producían los sermones del taumaturgo de Padua, causa de que se despoblasen comarcas ente- ras, yéndose los habitantes tras el Santo y acampan- do al raso toda la noche para coger sitio al dèspun- tar el alba. Algunos sermones de San Antonio parecen a quien hoy los lea llanos y sencillos por demás; pero nos haremos cargo de su efecto si tomamos en cuen- ta la expresión del rostro y de la voz, la muda elo- cuencia de la tosca túnica, de los descalzos pies del mortificado semblante, el vigor juvenil del dialecto, el

prestigio de la santidad, y la impresión contagiosa, que por causas mitad físicas y mitad morales reciben las muchedumbres con la comunicación de ideas y sentimientos, y se transmite como la corriente eléctrica a lo largo del hilo conductor. También es de advertir que los franciscanos, viviendo en intimidad con el pueblo, conocedores de sus necesidades, sus pesares y sus alegrías, sabían hablarle al alma. Lo que hoy nos parece incoloro y frío, ofrecía para el auditorio de entonces palpitante interés. No cabe dudar que en el siglo de Inocencio III era conocido el arte de bien decir, a despecho de lo cual eran populares los franciscanos y su incorrecta e impetuosa elocuencia. Quejábanse el clero secular diciendo:—"¿Por qué vosotros los frailes habéis usurpado totalmente el oficio de la predicación, y el pueblo no cura de oírnos a nosotros?"—Respondía fray Salimbene con estas o parecidas frases:—"Pues os hemos dejado prebendas y bienes, y vivimos de limosna y de pobreza, y nos afanamos en predicar, justo es que seguemos y recogamos la cosecha."

Las regiones de Oriente eran en la Edad Media preocupación constante, idea fija de toda mente elevada: los capitanes aspiraban a conquistarlas, los santos a evangelizarlas, los políticos a regirlas, y todos consagraban a tal empresa vigiliias y sangre. No bien logró Francisco ver establecida la Orden, cuyo rápido incremento sobrepujaba sus esperanzas, volvió los ojos a los pueblos orientales, límite amenazador de la cristiandad. En el Occidente quedaba ya sembrada la semilla, fundados en breve tiempo el convento de Perusa, el de Arezzo,—ciudad de donde huyeron las furias de la discordia a la voz de Francisco,—el de Florencia, el de Pisa, el de San Miniato, el de San Geminiano, el de Sartiano.

Por donde quiera que pasaba Francisco, extendíanse la abnegación y la pobreza, cundía la Orden na-

ciente. Las mujeres, tocadas de nostalgia del cielo, venían también a reclamar su parte en el festín; Clara había sido la primera flor del vergel franciscano. Ya era dueño Francisco de ofrecer su vida a Dios en Levante, seguro de que legaba en herencia a la humanidad un pensamiento imperecedero. Su activa existencia de fundador, los cuidados minuciosos y materiales que tan ardua tarea lleva consigo, no le hicieron descender de las cimas de la contemplación en que se espaciaba su alma. Hallándose el Lunes de Carnaval al borde del lago de Perusa,—aquel clásico Trasimeno que presenció la derrota del cónsul Flaminio,—rogó Francisco al devoto barquero, en cuya casa se hospedaba, le pasase en su esquife a una de las isletas que se perfilan sobre el seno azul del lago. Llevó consigo dos hogazas de pan, y encargó al barquero que no volviese a recogerle hasta el día de Jueves Santo. La madrugada del Miércoles de Ceniza se realizó la travesía: retiróse el barquero, y se quedó Francisco en la isla desierta y feraz. Allí buscó un sitio agreste y montuoso, una cueva oculta entre breñas y zarzales; y por espacio de cuarenta días y cuarenta noches ayunó, como el Nazareno en la montaña, sin más alimento que el aire que respiraba, sin más bebida que las lágrimas que surcaban su faz. La tarde del Jueves Santo, no atreviéndose a igualarse al divino modelo, comió la mitad de un panecillo (7). Y cuando el barquero, cumpliendo su promesa, fué a buscarle al transponer el sol, miró con temor al hombre que se sentaba en su esquife, extenuado y sin cuerpo casi por la abstinencia, gozoso sin embargo y ligero en el andar y llevando en la mano, intactos, panecillo y medio. Quizás en aquellas soledades luchó Francisco, a ejemplo de Jesucristo, con el genio de la soberbia, obstinado en brindar deleites y gloria a quien sólo buscaba, como Santa Teresa, padecer o morir. Ello es que en Sartiano, Francisco sufrió un desmayo

de la voluntad, un minuto de agonía. Se le presentaron a lo vivo los goces del hogar y de la familia, las dichas del amor terrestre: al cabo, hombre era el serafín. Despojóse del hábito, y arrojándose en la nieve del huerto donde oraba, se revolcó hasta calmar la fiebre de su sangre; y tomando nieve con sus manos, se solazó humorísticamente en formar y alinear péllas de diversas magnitudes, que figuraban la esposa e hijos de un casado, burlándose así de la flaqueza de su propio ánimo, y del mezquino bien que codiciaba. En medio de tales combates crecía el deseo del martirio. Celebrado que hubo el Capítulo de Pentecostés, se encaminó a Roma, presentóse de nuevo a Inocencio III, le expuso los adelantos de la Orden, y obtuvo su venia para partir a Siria. Entonces fué cuando se le unieron Zacarías, romano, y Guillermo, de nación inglesa, sustituto más adelante del discípulo apóstata, y cuando trabó conocimiento con Francisco aquella noble dama, Jacoba de Sietesolios, renovadora de la tradición de las santas viudas de la primitiva Iglesia, siempre dispuestas a hospedar al apóstol, a enseñar al neófito, a animar al mártir; incansables propagandistas de la doctrina, pródigas de oro, de tiempo y trabajo en obsequio a una idea generosa. Jacoba adquirió de los Benedictinos de San Cosme el hospicio, que fué primer Convento de Franciscanos en la Ciudad Eterna (8): más tarde volveremos a encontrar a la matrona besando y ungiendo los pies llagados de Francisco, como Magdalena los de Jesús.

Volvió Francisco a Asís, y despedido de sus hermanos, tomando en su compañía a uno solo, embarcó en la primer nave que se hizo a la vela para la suspirada tierra de Siria. Largos días azotó la tormenta la embarcación, y entre cielo y agua, y perdido el rumbo, abordaron por último a las tristes costas de Esclavonia. Allí se detuvieron para carenar el barco averiado; y no hallándose nave alguna que zarpase hacia

Levante, Francisco y su compañero solicitaron por caridad pasaje en una que volvía a Ancona. Les fué negado, pero se ocultaron en el barco, que salió llevándoles consigo. Al ir a levar anclas, acercóse un desconocido a uno de los pasajeros, entregándole provisiones y diciéndole:—"Guárdalas para los frailes que van ocultos en la nave."—Nueva y furiosa borrasca asaltó al barco; faltaron alimentos, y la tripulación habría sucumbido a los horrores del hambre, a no repartirles Francisco sus víveres. Al fin se calmó el Adriático, y entraron felizmente en el puerto de Ancona.

Frustrada así la tentativa de misión en Oriente, Francisco, al pisar el suelo italiano, volvió a la tarea de la predicación. Se le unieron Bernardo de Corbio, uno de los protomártires franciscanos, y Juan Simple, pobre labriego de las cercanías de Asís. Hallábase éste arando, y vió pasar a Francisco, a quien llamó.—"Padre—le dijo—mucho hace que pienso en ti y en tus frailes, mas no sabía por dónde andabas. Ya que Dios te trajo acá, yo me pongo en tus manos."—"Da a los pobres lo que tengas,"—respondió Francisco. El buen hombre no poseía más que sus bueyes: ofreció uno a Francisco, otro a los pobres; su familia alzó el grito, porque el buey es el tesoro del labriego.—"Tomad,—les dijo Francisco,—este buey, y dadme en cambio a vuestro hermano."—Y se llevó consigo al campesino, que llegó a ser uno de sus preferidos compañeros. Era Juan Simple corto de luces y extremado en candor; no sabía cómo ganar el cielo; pero, persuadido y seguro de que Francisco lo ganaría, ajustábase a imitarle de tal suerte, que hasta andaba, se sentaba y tosía cuando veía andar, sentarse o toser al maestro. Hacia esta época, o más bien antes del frustrado viaje a Siria, sucedió la conversión singular de Juan Parente, que ejercía las funciones de juez en su ciudad natal, Civita-Castellana. Salió un

día a pasearse por los arrabales, y vió a un porquero, que inútilmente trataba de recoger su piara en la pocilga, y tras de mil alaridos y maldiciones gritaba por fin:—"Así entréis como los abogados y los jueces entran en el infierno,"—y a tal invectiva, las bestias entraron dócilmente. Tan insignificante y vulgar suceso causó al juez una de esas impresiones de responsabilidad ultramundana, frecuentes en la Edad Media. Se figuró que la vara de la justicia, vuelta hierro candente, abrasaba en el infierno la diestra del que en el mundo la torcía; y espantado del cargo que desempeñaba, se apresuró a hacerse franciscano, acompañándole al claustro un hijo suyo.

La constitución de Francisco, fina y sensible, comenzó por aquel tiempo a resentirse de las asperezas, privaciones e inmensos trabajos; el acero iba gastando la vaina que lo cubría. Padeció graves fiebres intermitentes, contagio sutil que siempre acecha al hombre bajo el hermoso cielo italiano; mal convalecido de ellas, reanudó sus mortificaciones, y las cuartanas se transformaron en cuotidiana y lenta calentura, que abrasaba el hígado y las entrañas del Santo. Apoyado en un báculo, se arrastraba, por no perder de vista sus fundaciones y comunidades; y cuando la languidez ni aun eso le consentía, dictaba, para desahogar su alma, la célebre carta monitoria dirigida a cuantos invocasen el nombre de Cristo en el mundo:

"A todos los cristianos, clérigos, religiosos, laicos, hombres y mujeres, que están por toda la tierra:

"Felices y bendecidos son los que a Dios aman y cumplen lo que Cristo ordena en su Evangelio: amarás al Señor tu Dios de todo corazón y alma, y al prójimo como a ti mismo. Amemos a Dios y adoremosle con gran pureza de espíritu y corazón: esto pide El sobre todas las cosas. Ha dicho que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, y en verdad y espíritu deben adorarle

los que le adoren. Os saludo en nuestro Señor."

"Por mi enfermedad (decía en otra epístola) y por flaqueza de mi cuerpo, no puedo personalmente visitar a todos; pero las presentes letras van a recordaros las palabras de mi Señor Jesucristo, que es Verbo increado del Padre"... "Yo, Francisco, vuestro servidorcillo, dispuesto a besar vuestros pies, os ruego y conjuro por la caridad, que es Dios mismo, recibáis y practiquéis humildemente y con amor estas palabras de Jesucristo, y las restantes que han salido de su boca. Que todos aquellos en cuyas manos cayeren, y comprendan su sentido, las envíen a los demás, porque les sean de provecho."

Apenas se hubo restablecido algo, emprendió Francisco su viaje a España. Le llamaba a la Península Ibérica el doble empeño de propagar su Orden y de hallar embarcación en que hacer la travesía de Marruecos, donde pensaba predicar la fe. Sucinta mención hacen los biógrafos extranjeros de Francisco de su venida a España; y sin embargo, no es un episodio sin transcendencia, ni pudo menos de dejar huellas profundas donde la Orden Franciscana se extendió y prosperó de tal suerte. Cuando Francisco sentó la planta en nuestro suelo ocurrían en él acontecimientos muy graves, atañedores a la independencia hispana, quizás a la de Europa toda. En Mayo de 1212, año de la entrada de Francisco por Navarra, Inocencio III lleva en procesión por las calles de Roma el *Lignum Crucis*; el pueblo romano, después de haber ayunado tres días a pan y agua, va descalzo y vestido de luto tras la santa reliquia; encamínanse pueblo, clero y pontífice a San Juan de Letrán, y ruegan en voz alta porque se logre la empresa que va a acometer Alfonso VIII, rey de Castilla. Este, entretanto, delibera en Toledo con su consejo de prelados y ricos-hombres, y acuden a unírsele Pedro de Aragón y gran refuerzo de gente de armas venida de extraños